triste: ya no estaba allí la que había sido para él, durante una hora, todo el encanto.

VI

Cuando Lydia, en el paroxismo de su dolor y de su rabia, tomó la resolución de vengarse de Raimundo, si una potencia infernal hubiera puesto á su disposición los medios de cumplir su proyecto, habría aniquilado en un segundo al que odiaba. Con el tiempo y la reflexión se había hecho más refinada, y ahora estaba decidida á hacerle sufrir. Encontraba placer en ello. El instinto de ferocidad que había en ella, se desarrollaba naturalmente. Durante aquellas horas de ceñudo mutismo que tanto desesperaban á su marido, meditaba, y sus ideas habrían espantado á Raimundo si hubiera podido sospecharlas. Aquella encantadora mujer, tendida en una graciosa actitud, pensativa la frente, entornados los ojos, combinaba la ruina y la muerte. Y cuando por sus labios pasaba una vaga sonrisa y su mirada adquiría viveza, tranquilizando á Ploerné, que desde el principio de la noche se decía: «¿Qué tiene? ¿Por qué ese silencio y ese ceño?» era que los lazos tendidos á aquel desdichado creíalos ya hábilmente preparados y de seguro efecto.

Su combinación favorita, nacida de cualquier incidente de novela que la había impresionado, era ésta: Raimundo, metido en una situación terrible, tendría que optar por la muerte ó por la deshonra. Se decidiría por la primera. No hacía á aquel Ploerné tan valeroso la suprema injuria de dudar de su elección. Entonces aparecería ella para insultar su agonía. Sí; quería, en el último momento, mostrarse formidable y vengadora. Como una actriz, arreglaba los incidentes de aquel desenlance, vivía el drama, y aplaudía su papel con una alegría feroz. Había madurado bien las varias peripecias y quedaba convencida de que, para llevar á Raimundo á la escena final, no había más que un medio: comprometer su honor.

A esta amenaza no resistiría él. ¿Y cómo se podría mejor y más fácilmente comprometer su honor que en los asuntos de dinero? Por esto lo había lanzado, con una malvada habilidad, á las combinaciones financieras, y lo llevaba, con sus continuas exigencias, al punto marcado de antemano, en el cual la necesidad de ganancia, acallando sus escrúpulos, lo llevaría á lanzarse ciegamente en el golfo de la Bolsa. Aquí era donde ella había decidido esperarlo, apoyada en Bernheimer, de quien haría, estaba segura de ello, en el momento dado y á una simple señal, un aliado y hasta un cómplice. Había sondado el corazón de Samuel y sabía el fruto que podía sacar del capricho de este enamorado. Estaba loco, absolutamente loco por ella, y para conseguirla, habría prestado su ayuda á todas las infamias. A lo menos ella lo creía así.

Y arrastrada por su sueño, pensaba: «¿Por qué no he de llegar á ser su mujer? Es verdaderamente rico, y, gracias á sus millones, sería entonces la reina de París. Se casará conmigo si yo quiero, y se dará por muy dichoso con darme esta prueba de amor.» Y aparecía ante ella el banquero, con su corpachón, sus cabellos grises y todo su color ligeramente apoplético. Ya no estaba allí Girani, el misterioso galán de la terraza escondida entre flores y de las noches resplandecientes de estre-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

llas. Después surgía otra imagen en lo vago de su pensamiento, y era la de Mauricio de Roquiere, joven, ardiente y apasionado. Tan rubio como moreno era el italiano, temible por su destreza en la pistola y en la espada, y capaz de matar á su adversario en un duelo.

Entonces se presentaba al espíritu de Lydia otro desenlace más refinado y más conforme con lo que exigía la venganza del asesinato de Girani. Servíase del amor que le había confiado Roquiere para enloquecer al joven. Le mostraba á Raimundo como el único obstáculo que existía entre ella y él. Encendiéndole en deseos, irritándole con caricias, reduciéndolo á una esclavitud moral que no le dejaba libre arbitrio, lo lanzaba bravo de amor contra el hombre execrado. Y él lo mataba. Esto era el desquite de la aventura. Era exacto, brutal, sangriento, pero no tan cruel como la primera solución, en la cual Raimundo era llevado por la desesperación á coger un arma y á herirse á sí mismo.

Lo que habría sido necesario, á gusto de Lydia, para satisfacerla del todo y procurarle el goce completo de su venganza, hubiera sido una diestra combinación de la peripecia Bernheimer con el desenlace Roquiere: la deshonra inevitable, asegurada por la mujer, y la muerte recibida de manos del amante. ¿Y por qué no había de ser posible esto?¿Había alguna insuperable dificultad para ella, que poseía el poder de la belleza soberana? ¡No! Haría lo que quisiera, cuando quisiera y como quisiera. No sería Ploerné quien embarazara su marcha hacia el fin propuesto. Más bien la conduciría él mismo y le facilitaría el éxito. ¡La amaba tanto! Y, en su horrible sueño, combinaba la acción del drama, viviendo á dos pasos del que sacrificaba á su feroz rencor, respondiendo con una sonrisa cuando él le hablaba, tranquila é inofensiva en apariencia, cuando en realidad estaba agitada y amenazadora.

Entretanto, había comenzado á salir del dominio de las ideas para entrar en el dominio de los hechos. Desde hacía una semana, el asedio que Roquiere había emprendido, aproximando sus fuerzas con una prudente moderación, hacíase más serio. No había sido rechazado. Este era un punto importante. El que no se desanimaba ante las repulsas, debía concebir grandes esperanzas ante una acogida benévola. Pero no sacaba ventajas y se mostraba tanto más sumiso cuanto mejor tratado era. Esto no le impedía tener algunas audacias, pero no eran frecuentes, ni de las en que su destreza y su fuerza hacían un papel.

El frío había sido muy riguroso, y el hielo, sólidamente formado, permitía patinar en el Bosque de Bolonia. Lydia, nacida en el país del sol, sentía un gran placer en ver practicar este *sport* en el medio refinado del Círculo, entre sus amigos y sus conocimientos. Pudo admirar á Bernheimer deslizándose con prudencia sobre sus patines perfeccionados, enrojecido el rostro por el frío, los ojos irritados por el viento norte, pero sacrificando á la moda y arriesgando, por *chic*, la voltereta. Admiraba sobre todo á Roquiere que, hábil en este ejercicio, se deslizaba con rapidez, volvíase bruscamente, trazaba círculos en un pie, hacia adelante, hacia atrás, y escribía su nombre en el hielo, atrayendo á su alrededor un público por su maestría.

Sentada, con los pies sobre un calorífero de agua hirviente, bien envuelta en pieles, gozando con delicia del fresco que le encendía la cara y

activaba la circulación de su sangre, Lydia miraba al elegante joven que, aplaudido por todo el mundo, no trabajaba nada más que para ella. Bernheimer le había ofrecido atrevidamente, con aire de seguridad, pasearla en trineo, y ella había rehusado. Pero habiendo vuelto á la carga Roquiere, se había dejado seducir por el deseo de sentirse arrastrada sobre aquella superficie tersa y brillante como el acero. Samuel había protestado y tomado aire de disgusto, reprochando á su querida condesa el no tener confianza en él. Ella se había contentado con reir y le había comprometido á servirle de escolta.

Instalada con toda comodidad, con una piel de oso sobre las rodillas, dió la señal de partir, y sin una sacudida, deslizándose como por el aire, fué lanzada hacia adelante por el infatigable brazo de Mauricio. Sabía que estaba éste detrás de ella, sin lo cual habría podido creerse impulsada por el viento á través del espacio: tan igual y tan dulce era el movimiento que la llevaba. En frente de ella, en una bruma gris, los grandes árboles del paseo de las Acacias alzaban sus peladas copas; una alfombra de nieve cubría la tierra, y sobre la blancura de la extensión perfilaban sus ramas los abetos, única verdura de aquella estación desolada. Un sol de invierno, sin luz y sin calor, descendía por la derecha, incendiaba las ramas con sus rayos y cambiaba en rubíes los diamantes de la escarcha. De cuando en cuando pasaba, formando triángulo, por el triste cielo una bandada de gansos salvajes. El trineo, manejado por un brazo hábil, se deslizaba sobre la helada llanura, y Lydia se embriagaba con el espacio, el aire y la velocidad.

Samuel, lanzado en su seguimiento valerosamente, había tratado al principio de sostener la lucha con Roquiere y de seguir al lado de la joven. Pero se trataba de una partida muy difícil y, quedándose bien pronto atrás, dió algunos gritos á los cuales permanecieron sordos Lydia y Mauricio. Entonces, viéndose derrotado, para no sufrir el ridículo de seguir de lejos á su rival triunfante, se puso á evolucionar tranquilamente á lo largo del césped blanqueado por el hielo, lanzando una mirada de disgusto al trineo, que huía velozmente hacia los límites del pequeño lago, á lo largo de las verjas, allá por donde eran raros los patinadores. Y seguro de sí, Roquiere trabajaba con maravilloso ardor: Lydia no le oía ni respirar, ni siquiera deslizarse. Se habría dicho que detrás de ella iba un fantasma, activo y silencioso, que la arrastraba en su rápida carrera. Por grande que fuese el placer de sentirse arrastrada así, la joven tuvo, sin embargo, compasión de su conductor, y volviéndose le dijo con una sonrisa:

—Os lo ruego, volvedme hacia el Círculo, me da vergüenza abusar así de vos.

El no contestó más que redoblando la velocidad, pero obedeciéndola, la llevó hacia la multitud, al sitio en que los caballeros y las señoras, deseosos de probar su elegante habilidad, viraban y giraban, á pasos cortos, economizando sus fuerzas y sus esfuerzos. Allí había vuelto Bernheimer. Lydia veía á lo lejos sobre el hielo á los patinadores, pequeños y negros, como hormigas. Poco á poco, acercándose con una gran rapidez, los veía aumentar, agrandarse, precisarse, y en un segundo estuvo en medio de ellos.

—¡Ah! Al fin estáis aquí—exclamó Bernheimer, no sin acritud.—Habríais debido advertirme que

íbais hasta el fin del *Skating*..... ¡Os habría seguido!....

Lydia miró maliciosamente á Roquiere, que soplaba como un caballo de carrera, señalándole el banquero, que se mantenía inmóvil, con dificultad, sobre el filo de sus patines.

—Creo que habéis hecho todo lo posible para ello—dijo la joven.—Pero no es posible alcanzar al viento... Y nosotros corríamos tanto como él.

—Bajad de ese trineo..... Debéis estar helada. Vamos á calentarnos un poco.

—¡No! ¡Tengo bastante calor! Pero querría patinar.

—Venid conmigo—exclamó Samuel con mucho ardor.—Yo os enseñaré y respondo de vos.

—¡Oh!—interrumpióle Lydia—tengo muy poca confianza en vuestra protección..... Y tengo aquí, á la mano, el profesor que me hace falta.

—Convengo en que Roquiere patina con más velocidad que yo, pero no con más seguridad..... Mirad, cogeos á un palo que cada uno de nosotros agarraremos de una punta, y no tenéis más que dejaros conducir.

—¡No, no! Son demasiados, para mí sola, dos caballeros. Me basta con el Sr. de Roquiere.

Bajó del trineo, y sin hacer caso de la cara afligida del banquero:

—Pero necesito encontrar patines..... No los tengo.....

—No os apuréis, dentro de un momento yo os traeré un par—dijo Roquiere.

Aún no había dado diez pasos cuando Bernheimer, acercándose á Lydia con aire pensativo, le dijo:

—Verdaderamente, condesa, no comprendo por qué os ponéis así en evidencia con Roquiere. Hace un instante os he ofrecido una combinación que, sin impediros vuestro gusto, no dañaba á vuestra reputación, y la habéis rechazado burlándoos..... Me afligís mucho..... Os aseguro que hacéis mal..... El mundo es muy malo..... Sois terriblemente envidiada..... Es preciso ser más razonable..... Vuestro marido.....

—¡Oh, dejemos á mi marido!—exclamó Lydia riendo.—Es más acomodaticio que vos..... Lo que, entre paréntesis, tiene mucha gracia..... Tiene confianza, y hace bien.

—¡Sí, sin duda, hace bien!—añadió Bernheimer muy agitado.—Dios no quiera que yo parezca sospechar... ¡Nada más lejos de mi pensamiento!.... Pero ya sabéis que la opinión se funda en apariencias..... ¡Roquiere es de lo más comprometedor!.... Estas gentes no respetan la reputación de una mujer..... ¡Su placer y su vanidad ante todo!.... Y suceda lo que quiera..... Comprendedme bien..... Yo no miro más que vuestro interés..... Os hablo como un amigo.....

—¡Como un padre!—interrumpió Lydia con acento burlón.

Bernheimer hizo un gesto, y cediendo á su despecho:

—Vamos, estáis predispuesta en contra mía. Y mi prudencia os parece importuna.... Lo mejor será que os deje.

—Bernheimer—dijo la joven—os prohibo que os vayáis. Estáis aquí para complacerme y no para contrariarme..... He aquí al señor de Roquiere que vuelve..... Daré una vuelta con él, y enseguida me llevaréis á la cantina antes de irme.

—Convenido—exclamó Samuel, serenado por esta concesión.

Y acometido otra vez de sus celos:

—No os quedéis mucho tiempo..... Voy á hacer que lo preparen todo entretanto.

El marqués llegaba con un par de pequeños patines americanos de brillantes cuchillas de acero. Se puso de rodillas y los ató él mismo á los pies de Lydia. Samuel le miraba hacer con una irritación que no podía ocultar; y cuando vió á la joven en pié no pudo dejar de decir:

—¡Llevad cuidado!.... Roquiere, mirad lo que hacéis ¿eh?....

Mauricio se echó á reir, y placenteramente:

—¡Sí, papá!

Y partieron. Ella, atrevida, dejándose llevar, sin un movimiento, apretados los talones uno contra otro. El, cogiéndola del brazo con una solidez que desafiaba toda caída. Lydia halló placer al pronto al sentirse deslizar así sobre el hielo que crujía. Parecíale que no se apoyaba, tan fácil y tan suave era el movimiento. Al cabo de un instante quiso intentar el marchar sola. Mauricio le explicó lo que debía hacer, y ella le obedeció dócilmente. Tenía una gracia fácil que se prestaba á todos los ejercicios. Desde el primer momento cogió la manera de apoyar el pie, y, sostenida por Mauricio, se hizo la ilusión de que patinaba. De este modo avanzaron algunos centenares de metros. De repente, sea que se sintiese fatigada, sea que se aturdiese, Lydia pidió pararse. Estaban solos, delante de la torrecilla de piedra. La joven se quedó inmóvil, como para recobrar la respiración; luego se agarró al hombro de Mauricio, sus ojos se nublaron, palideció, y murmuró con voz ahogada:

—Estoy mareada; todo da vueltas alrededor mío. Me parece que me pongo mala.

El la estrechó vigorosamente diciéndole:

—Cerrad los ojos..... Eso es un poco de vértigo..... Habéis querido hacer demasiado para la primera vez..... Cuando estéis mejor, tomaremos ese trineo que está á cien pasos de aquí, y os volveré á llevar..... ¿Podéis andar siquiera?....

Lydia no contestó, y el joven la sintió apoyarse más libremente sobre su hombro. Sus ojos seguían cerrados, pero el color sonrosado de sus mejillas había desaparecido. Lanzó un profundo suspiro y balbuceó:

—Me parece que no podría dar un paso.....

—¡Entonces, esperad!

Se afirmó sobre sus piernas, y, haciendo un esfuerzo, la levantó del suelo, la cogió entre sus brazos y se la llevó. Ella lanzó un ligero grito, y sus ojos brillaron bajo sus párpados sombríos. Mirábala él, tan bella en su languidez voluptuosa, sonriente y doliente á la vez. Lejos de todo, en medio de la helada llanura, en las primeras sombras de la noche que caía, Lydia estaba en poder del hombre que la adoraba. Teníala él apretada contra su pecho, y le parecía que los latidos de sus dos corazones se confundían. De pronto, sin parar en su carrera, bajó la cabeza hacia la exquisita boca que se abría tan cerca de sus labios y estampó en ella un ardiente beso. Los hermosos ojos que le miraban, se cerraron; sintió que se estremecía aquel cuerpo que llevaba como una presa, y Lydia, como muerta, quedó silenciosa é inmóvil. Llegó al trineo, depositó en él su preciosa carga y con furiosa rapidez volvió hacia el Círculo. Allí los

esperaba Bernheimer, que al ver á Lydia tendida exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué pasa?

Le contestó la joven misma:

—Que me he mareado un poco..... Pero ya se me pasó esto.

Quiso hacer un movimiento para levantarse:

—Estoy destrozada—dijo.

Y volviéndose á Mauricio:

—He hecho mal en tener confianza en vos.....

Había en sus labios una sonrisa tan enigmática, que el joven no supo si la alusión se dirigía á la carrera que había dado con él, ó al beso que acababa de darle. Se soltó sus patines, y cogiendo el brazo de Bernheimer que estaba desolado:

—Ahora no tengo apetito..... Mi carruaje..... Quiero volver á mi casa.

—Ya veis lo que yo os decía..... Si me hubiérais escuchado, no habría sucedido nada de esto.

—Es verdad..... Pero es probable que fuera necesario que sucediera.

Estaban en la verja. Lydia volvióse hacia Roquiere que la seguía, y con la misma mirada que cuando él la llevaba en sus brazos le dijo:

—Hasta bien pronto, ¿verdad?

Mauricio se inclinó sin responder. Y ella salió.

El disgusto de Ploerné fué muy vivo, al día siguiente, cuando al recorrer distraidamente un periódico leyó estas líneas en los *Ecos*: «Ayer hubo gran concurrencia en el Círculo de los Patinadores. En el número de los aficionados más brillantes á este *sport* pudimos ver.....» Entre todas aquellas notabilidades mundanas, saltóle un nombre á los ojos como una garra, y este nombre era el de su mujer: la Condesa de Ploerné. ¿Qué hacía él á

aquella misma hora? Examinaba sus cuentas, ó se aburría en el Club, ó hacía no importa qué, con no importa quién, en vez de estar con Lydia, que se pasaba muy bien sin él y patinaba, sin advertírselo, en medio de desconocidos. Allí estaban, es cierto, Bernheimer y Roquiere, y Clairefont y Bligny, y muchos otros amigos suyos; pero no le parecía que fuera muy conveniente para Lydia, en medio de ellos, entregarse á fantasías de *sport*, sin haberle prevenido. Quedó un momento pensativo, sombrío, en el saloncito donde esperaba que su mujer fuera á buscarle para almorzar. Entró ella, fresca, vestida con una bata blanca, exquisita combinación de sedas y encajes, con la mirada franca y la fisonomía sonriente.

De una ojeada vió que su marido estaba disgustado, y, sin vacilación, con la franqueza de una mujer segura de su ascendiente:

—¿Qué sucede? ¿Por qué ese aire de enfado?

Raimundo no respondió, y preguntando á su vez:

—No me habíais hablado de esa sesión de patinación que tuvísteis ayer.

—¡Ah! ¿Y es eso lo que os preocupa?

—Me veo obligado á ello, puesto que lo cuentan los periódicos.....

—¡Ah! ¡Tienen mucho espacio de sobra los periódicos!..... ¿Qué les importa esto?..... Pues bien, sí, he patinado ayer en compañía de Bernheimer y de Roquiere..... ¿Os contraría esto?

—Siento que no me hayáis hablado de vuestro deseo: os hubiera acompañado.

—¿Sabía yo acaso que me atrevería? Fuí sólo para ver á los otros, y la casualidad, la ocasión, un

repentino deseo, me llevaron á imitarlos..... ¿Es esto un crimen?

—Pero, ¿y si os hubiera ocurrido algo?

—¿Qué?

—¡Qué se yo! Podíais haberos caído, haceros daño.....

Lydia se echó á reir, y mirando de arriba abajo á Raimundo con un gesto burlón:

—¡Bah! como dice la canción:

Más peligroso es caer
En el césped que en el hielo.

Hizo una pirueta y cogiendo por el brazo á su marido:

—¡Vamos! Venid á almorzar y no pongáis esa cara, que estáis muy feo... En el fondo estáis furioso por haber perdido la ocasión de deslumbrarme con vuestras habilidades... Debéis patinar muy bien.

—Os aseguro que no. Bastante medianamente.... Como todo el mundo.

—Desde luego, mejor que Bernheimer.

—¡Oh, Bernheimer! ¡Ese no entra en cuenta!...

—No lo digáis delante de él. Tiene muchas pretensiones, y no os lo perdonaría.

—¿Os hace también la corte Bernheimer?

—Todos me la hacen. Pero él más que los demás.

—¡Pobre Bernheimer!..... Os aseguro, Lydia, que no estoy celoso.

—¿De él?....

—Ni de él, ni de nadie.

—Hacéis mal.

Pronunció estas palabras con tan provocativa franqueza, que hizo alzar los ojos á Raimundo.

—¿Y por qué?—preguntó éste tranquilamente.

—Porque un hombre verdaderamente enamorado debe siempre tener celos, sopena de pasar por presuntuoso.

—Ya sabéis que no lo soy... Pero si no tengo confianza en mis méritos, confío mucho en vuestra prudencia.

Lydia le miró audazmente y con tono decidido:

—¿Y si yo abusara de esa confianza?

Raimundo se puso un poco pálido, y sin perder su calma:

—No bromeéis sobre ese asunto, Lydia. Eso me hace mucho daño.

Obstinóse ella, y con nerviosa animación:

—Eso no es contestar... Decid, ¿qué haríais?

Raimundo frunció las cejas, y, con voz algo sorda, respondió:

—Bien sabéis lo que he hecho ya. ¡Y eso que no estaba seguro!... Pero tratándose de vos... y estando seguro... ¡Desgraciado del que intentara... y desgraciada de vos!

Pasóse la mano por la frente, y esforzándose por reir:

—Me hacéis decir locuras con vuestra insistencia. Dejemos este asunto, que despierta en mí los más tristes recuerdos.

Quedó un instante silencioso, y después:

—¡Sufrir angustias semejantes!... ¡Basta con una vez, gran Dios!

Examinábale ella mientras hablaba, y le veía estremecerse. Bien inspirada por su odio, había herido en buen sitio. Aquel era el punto sensible de aquel corazón. Sí, ya sabía ella lo que él había hecho. Y era bien temerario el recordarlo. Sin saber quién era la culpable, si Teresa ó ella, ¡había

matado á un hombre. Lydia acababa de comprender que sería capaz de matar á otro, y á diez más, y á ella misma, si veía amenazado su amor. Experimentó un sombrío placer al descubrirle tan temible. Le había creído domado, vuelto inofensivo, y estaba cerca de despreciarle. Se alegró al verse obligada á temerlo. Al menos la lucha contra él prometía ser seria, y, al tratar de vengarse, jugaba ella su vida. Encontróse engrandecida á sus propios ojos. Su propósito no tenía nada de vulgar, y el peligro que iba á correr le daba grandeza. Para aquella alma orgullosa esto fué una satisfacción. Le repugnaba aplastar á una víctima sin defensa. Animábase al pensamiento de desafiar á aquel hombre dispuesto á matar.

Raimundo salió de su meditación, y dijo:

—No es que yo sepa nada de vos que me induzca á criticar vuestra expedición de ayer. Pero sois muy joven y sin experiencia; no sabéis con cuánta rapidez se forma sobre cualquiera una mala opinión. Nada es más peligroso que una ligereza aparente. Más valdría, y creed que no os doy un consejo, una formalidad aparente y una ligereza real. En el mundo la apariencia es casi el todo. El que sabe guardar las formas en público, tiene licencia para hacer en secreto muchas locuras. No deis, pues, á vuestra prudencia aires de frivolidad. Y cuando tengáis algún capricho, avisadme para que yo esté allí y para que yo haga aceptables, con mi presencia, las pequeñas excentricidades á que se os ocurra entregaros.

Esta indulgencia disgustó á Lydia más que la violencia que la había precedido. Vió que Raimundo había vuelto á caer muy pronto en su tranquila gravedad. ¡De modo que no poseía el don de

conmoverlo por largo tiempo, y verdaderamente! Necesitaría arriesgarse mucho para turbar seriamente el espíritu de su marido. Experimentó una violenta irritación. Habría querido sorprender al que odiaba, en flagrante delito de debilidad. Todo lo que hubiera sido una falta de carácter en él, la habría encantado. Sin que ella se lo confesara, Raimundo le imponía por su generosidad, su bondad y su firmeza. Era demasiado perfecto, y esto estorbaba á su rencor.

Sentada enfrente de él, separados tan sólo por la mesa, mirábale, y al verle tan tranquilo, tan sencillo, experimentaba repentinos movimientos de rabia. Era hermoso, aunque de aspecto un poco frío. Pero ¡qué ardor interior, qué ternura más viva, qué fuerza de afección! Era valiente, aunque temblaba ante ella y cedía á sus menores caprichos. Todas las mujeres se habrían considerado dichosas con que él las amase. Era superior á los demás hombres. Y esto para ella era un crimen. Repugnante, innoble y cobarde, le habría execrado menos. Comprendía que los sentimientos que le profesaba eran injustos y odiosos, y cada vez se dejaba inspirar más por ellos. Le aborrecía por su propia infamia.

Cuanto á Raimundo, su vida no era la que había soñado, y en el fondo de su alma había una tristeza que trataba de ocultar, para no disgustar á Lydia; pero que le ponía sombrío así que se encontraba solo. Desde su matrimonio todo había sido decepciones para él, todo amargura é inquietudes. Comprendía que su mujer no le amaba, y se había metido en negocios que, por bien que fuesen, le daban en qué pensar. Y sobre todo, estaba separado de Teresa.

Después de la resolución tomada por la joven

de retirarse á un convento, Raimundo había hecho todos los esfuerzos imaginables por olvidar á su compañera de la infancia. Se había dado á sí mismo muy buenas razones para explicar la necesidad de arrancarla de su vida, y no había podido convencerse. Cuando se decía que Teresa había obrado indignamente, alzábase en su interior una voz que la defendía. Cuando se absolvía por no haber intentado jamás buscarla, dando como excusa que no podía recordar á la joven más que ideas dolorosas, protestaba su conciencia acusándole de dureza. Hacíase este argumento: «No voy á verla porque temo afligirla.» Y la voz interior replicaba: «No vas porque te sientes embarazado en su presencia.»

Sí, ella era la culpable, y él quien se encontraba turbado. Tenía á la vez miedo y deseo de ir á aquel convento. Conocía perfectamente la entrada de la casa y el alto muro que cerraba el jardín. Veinte veces había ido y se había detenido en el portal, sin atreverse á llamar. Había rondado por delante del edificio, frío y grave, escuchando los vagos ruidos de la vida interior, y los toques de campana que anunciaban los diversos ejercicios espirituales del día. Daba vueltas alrededor de la casa, y luego, al cabo de media hora, se alejaba sin haberse decidido á entrar. Y volvía á su casa con sorda amargura que tenía que disimular para no disgustar á Lydia. Una vez preguntó á Bernheimer si sabía qué era de Teresa. El banquero le contestó:

—Sí, la he visto esta misma semana. Está bien, y muy contenta.

Esta seguridad puso más triste á Raimundo. ¿Contenta? ¿Cómo podía estarlo? ¿Es que no tenía

corazón para poder estar satisfecha después de tantas desdichas y penas? Acaso habría engañado á Bernheimer, que no podía sospechar lo que pasaba en el alma dolorida de la reclusa. Porque debía ignorar por completo el drama que había lanzado á Teresa en la vida religiosa. Raimundo quiso tranquilizarse y preguntó de nuevo á Samuel. El banquero le explicó con fingida tranquilidad que, desde su infancia, Teresa había estado atacada de un deplorable misticismo, que su vocación, un poco confusa, se había declarado bruscamente, y que no había podido resistir. Hasta aprovechó la ocasión para hacer sufrir á Ploerné, con gran habilidad y sin que éste lo sospechara, un contrainterrogatorio, á fin de informarse de los motivos secretos que su ahijada había podido tener para encerrarse en un convento. Raimundo dejó entender que Teresa habría podido sufrir algunos amores contrariados. Como esta era la misma suposición que Bernheimer había hecho, desde entonces se hizo la luz en su cerebro y comprendió con toda claridad que Ploerné debió ser amado por Teresa cuando él se enamoraba de Lydia. Engañó, pues, al conde con su afectada indiferencia, al mismo tiempo que le sacaba diestramente este pequeño fragmento de la verdad que le permitía reconstituir toda la historia.

¿Pero para qué le había de servir esta inteligente interpretación de los hechos? ¿Qué podía hacer por su ahijada? Nada, puesto que Ploerné era el marido de Lydia y Lydia disponía de él á su antojo. Dejó, pues, depositados estos informes en un rincón de su memoria, sin perjuicio de acudir á ellos en un momento dado. En su fuero interno, no había podido impedirse lamentar que Ploerné

se hubiera decidido á casarse con la criolla y hubiera desdeñado, ó acaso desconocido, el amor de Teresa. ¡Esta era la que había nacido para él, mientras que la otra!..... No. La hermosa y triunfante no era la mujer apropósito para el tranquilo y grave Raimundo. La mujer creada por el destino para él era Teresa. Pero naturalmente, se había enamorado locamente de la que no le convenía, y había dejado á un lado á la que habría asegurado su dicha.

Bernheimer pensaba: «Para que todo entrara en orden sería preciso que yo pudiera abrir los ojos á Raimundo y devolver la libertad á Lydia. ¡Cuán dichosos serían, juntos, Teresa y Ploerné! ¡y cómo deslumbraría yo á París con Lydia!..... ¡Oh! A esta mujer no le falta más que millones que gastar, y yo se los daría..... Conmigo sería lo que quisiera ser, más que condesa: ¡marquesa, duquesa, princesa! Ya se sabe cuál es el poder del dinero, y los títulos no se venden caros en Europa. Pero todo esto es imposible, á menos de un acontecimiento extraordinario. Y ¿cómo traer este acontecimiento? Sin duda, á la larga, á fuerza de servicios prestados, obtendría los favores de Lydia. ¿Pero cómo se puede comparar esta satisfacción con la de poseerla legítimamente, completamente, á la faz del mundo, y darle el marco que ella merece, ¿qué digo marco? ¡el templo! ¡Porque es una verdadera divinidad! Pero para que esto sucediese sería preciso llegar á la supresión del obstáculo que se alza entre ella y yo. Y este obstáculo es el marido. En nuestro estado social no hay más que dos medios de desembarazarse de un marido: la muerte ó el divorcio. Raimundo no ha de tener ganas de morirse para darme gusto. Tiene una hermosa salud, es más joven que yo. Tiene muchas probabilidades de sobrevivirme. Queda el divorcio. ¿Con qué pretexto? El adora á su mujer. Verdad es que ella no le ama. Pero esto no es una razón para que él se separe de ella. ¡Al contrario! Si la sorprendiese engañándole, sería capaz de matarla, antes que devolverle su libertad De modo que, de cualquier lado que la mire, la cuestión me parece insoluble.»

Así razonaba el buen Samuel, arrastrado por su capricho. ¡Oh, muy arrastrado! Había amado mucho á mujeres encantadoras, pero nunca como á esta condesita criolla. Se conocían las locuras que había hecho por Carlota Villeroy y la señora Olifannt. La cómica y la extranjera le habían costado sumas enormes, y había reñido con Selim Nuño por la hermosa inglesa. Todavía recordaba el mundo de la banca, el duelo á golpes de dinero que se había empeñado en la Bolsa entre los dos compadres. Todos los agiotistas habían temblado durante un año, ante las oscilaciones de los precios producidas por la encarnizada batalla de aquellos dos hombres, que querían hundirse mutuamente. Nuño era más sólido, pero Bernheimer era más diestro. Por un momento pareció que iba á triunfar Selim, echando abajo el empréstito búlgaro que había lanzado su rival. Pero Samuel había quedado encima provocando el hundimiento del Benagoa; y los dos atletas habían quedado en pie, frente á frente, inquebrantables, de igual fuerza, con veinte agentes y cincuenta corredores aplastados bajo su peso durante las diversas peripecias de la lucha, y dos mil especuladores que habían tenido la audacia de querer tomar parte en el negocio, arruinados, ejecutados, desaparecidos en el alza ó la baja, flujo y

reflujo producido por los movimientos de aquellos dos planetas financieros.

Pues bien: todo lo que Bernheimer había sentido por aquellas mujeres no era nada comparado con lo que Lydia le hacía experimentar. Cuando examinaba las probabilidades que tenía de llegar á poseer su divinidad, no iba hasta concebir la idea del crimen, pero no habría habido que empujarle mucho para que aceptara que se cometiera el crimen de modo que él pudiese aprovecharlo. ¿Pero cómo? ¿Quién? Lo desconocido, la casualidad, un Roquiere cualquiera, con el cual se incomodase el marido, que clavara la mariposa conyugal, de una buena estocada, en su ataud. Pero esto era un desenlace de drama, una peripecia de quinto acto, uno de esos efectos de que se burlan los periódicos porque no son del dominio de la vida ordinaria; y Bernheimer, muy moderno, muy práctico, no paraba atención en esto.

Sin embargo, ¿no podía ocurrir este accidente excepcional con una mujer coqueta, un galán emprendedor y un marido celoso? ¡Y sería tan admirable! Porque Lydia rechazaría al hombre manchado con la sangre de su marido, y allí se encontraría Bernheimer para restablecer á la joven en su posición un instante comprometida. En este cuadro había una sombra desagradable: el galán, el Roquiere destinado á cortar con su espada aquel nudo gordiano. ¿Pero por qué había de haber entre él y la condesa otra cosa que apariencias? ¡Coqueterías sin importancia! Precisamente lo que se necesitaba para irritar al marido y servir á Bernheimer. De este modo arreglaba el porvenir el buen Samuel, cuando al lado de la chimenea del Club, después de comer, se entregaba á sus sueños, favorecidos por la digestión de una comida delicada, escuchando distraidamente los relatos de los viejos y las murmuraciones de los jóvenes.

Y era dichoso esperando la eventualidad quimérica que no se atrevía más que á precisar apenas. Contentábase con hacer su corte. Todos los días veía á la señora de Ploerné en su casa, en los salones, en el Bosque. Era acogido por ella con una familiaridad que le encantaba. Tratábale mitad como á un tío, mitad como á un criado, mezclando la insolencia á la cordialidad. Cuando él llegaba, las primeras palabras de Lydia eran: «¿Cómo van nuestros valores?» Y cuando él daba sus noticias, siempre satisfactorias, pagábale ella con algunas frases amables que le llenaban de orgullo. Observaba entonces todo lo que pasaba en su derredor, midiendo los progresos que los familiares de la casa hubieran podido hacer en la intimidad de la condesa. Y, con satisfacción, veíalos, no más adelantados, tratados con igual amabilidad. Uno solo, Roquiere, habíale parecido, durante algún tiempo, tener serias probabilidades; y precisamente hacía quince días que se le veía mucho menos en la calle de Rembrandt, como si se hubiera cansado, después de hacer grandes esfuerzos para agradar. Pero esta poca asiduidad en sus visitas, que tanto placer causaba á Samuel, debía ser explicada de la manera más cruel para éste.